

La “indignidad” de la traducción en Francia en el Renacimiento

Jean-Claude Arnould

Universidad de Ruan, Francia



Jean-Claude Arnould
de la Universidad de Ruan,
Francia, en su conferencia

El tema de la “indignidad” de la traducción en Francia durante el Renacimiento, en el siglo XVI, es doblemente paradójico: paradójico para nosotros, por un lado, porque estamos celebrando el trabajo de los traductores, y, por otro lado, porque la época del Renacimiento es como un “siglo de oro” para la traducción en Francia.

Las realizaciones en todas las áreas, historia, artes, técnicas, ciencias, poesía, novelas... son innumerables; así que no las voy a enumerar. Solo daré un ejemplo: la traducción en francés de una serie de novelas de caballería, los Amadises, realizada a partir de 1540 por un *gentilhomme* (hidalgo) que fue prisionero en España con Francisco I, traducción que revoluciona el arte narrativo.

La consecuencia de estas importantes realizaciones es la valoración de la traducción y de los traductores, de la cual solo daré un ejemplo también ¹:

...la version ou traduction est aujourd’hui le poème plus fréquent et mieux reçu des estimés poètes et des doctes lecteurs, à cause que chacun d’eux estime grand œuvre et de grand prix rendre la pure et argentine invention des poètes dorée et enrichie de notre langue. Et vraiment celui et son œuvre méritent grande louange, qui a pu proprement et naïvement exprimer en son langage, ce qu’un autre avait mieux écrit au sien, après l’avoir bien conçu en son esprit. Et lui est due la même gloire qu’emporte celui qui par son labeur et longue peine tire des entrailles de la terre le trésor caché, pour le faire commun à l’usage des hommes. Glorieux donc est le labeur de tant de gens de bien qui tous les jours s’y emploient.

(Thomas Sébillet, *Art poétique français*, 1548)

...hoy la versión o traducción es la forma poética más frecuente y más aceptada por los poetas valiosos y los lectores doctos, porque cada uno de ellos juzga como una gran

1 La ortografía de los textos en francés ha sido modernizada y las traducciones son mías.

obra y de mayor precio expresar la pura y argéntea invención de los poetas, dorada y enriquecida por nuestro idioma. Y verdaderamente merecen grandes elogios esta obra y aquel que puede apropiadamente y conforme al original expresar en su idioma lo que otro ha escrito mejor en el suyo, después de haberlo concebido claramente en su mente. Y se le debe a este traductor el mismo honor que se lleva aquél que con su labor y larga pena saca de las entrañas de la tierra un tesoro escondido para compartirlo con todos los hombres. Gloriosa pues es la labor de tanta gente honrada que cada día se desempeña en esta tarea.

Algunos traductores se vuelven personajes importantes, y casi héroes de la vida cultural e intelectual, como Jacques Amyot, traductor de Plutarco. Paralela y contradictoriamente se encuentran, en muchos textos, críticas contra la traducción, todo un discurso de desvalorización del trabajo de los traductores, y muchas veces por parte de los traductores mismos —lo que constituye mi tema de hoy.

Vamos a ver varios ejemplos y a tratar de resolver la paradoja evidente que constituye la manifestación de este tema, después del retrato que acabo de hacer de la situación de la traducción en aquel tiempo.

Pena y honor

Consideremos una primera serie de casos que expresan la idea más fuerte que se puede identificar: el desequilibrio entre el trabajo y la recompensa.

*C'est une peine
Qui grand travail et peu d'honneur amène.*

(Hugues Salel, traductor de Homero, 1545)

*Es un trabajo penoso
Que trae mucho tormento y poco honor*





*Jean-Claude Arnould escucha las participaciones en el Club de Lectura
La comida bahiana en Doña Flor y sus dos maridos*

Le traduire de soy, et transcrire simplement d'un livre en l'autre n'est point tant louable qu'il est pénible.

...tourner d'une langue étrangère
La peine est grande et la gloire légère.

(Florimond de Raemon, 1595, traductor de Tertuliano)

La traducción en sí misma, y la simple transcripción de un libro en otro, es más penosa que honrada.

...traducir de un idioma extranjero
El trabajo es grande y la gloria pequeña.



Tourner de langue en autre un étranger auteur
Honore peu celui qui en a pris la peine.

(Thomas Sébillet, 1584, traductor de Lottini)

*Traducir de un idioma a otro un autor extranjero
Trae poco honor al que hizo este esfuerzo.*

A través de estos repetitivos ejemplos se puede percibir cuán convencional es este discurso, que en algunos casos extremos como los siguientes parece corresponder a una fórmula fija:

...le peu d'estime auquel sont le plus souvent traducteurs, commentateurs, restaurateurs de livres corrompus, et tels autres qui sont sujets à suivre les traces d'autrui, et... la froide récompense qu'ils retirent pour de tels labeurs.

(Denis Sauvage, traductor de León Hebreo, 1551)

...la pequeña estima que la mayoría de las veces se les da a los traductores, comentaristas, restauradores de libros corruptos, y todos los que deben caminar en las huellas de otros, y... la fría recompensa que reciben por tales trabajos.



...le peu d'estime auquel sont le plus souvent traducteurs, commentateurs, et tous autres qui emploient leurs temps et peine sur les livres des autres, et la maigre récompense qu'ils en reçoivent.

(Traductor anónimo de un tratado de ictiología, 1558)

...la pequeña estima que la mayoría de las veces se les da a los traductores, comentaristas, y todos los que emplean su tiempo y sus esfuerzos en los libros de los otros, y la pequeña recompensa que reciben por eso.

La estructura es constante: el tema está expresado a través de varios sinónimos: *travail*, *peine*, *temps*, *labeur* / *estime*, *récompense*, *gloire*, *louange*, *honneur*; entre esas dos nociones se encuentra la coordinación *y* o un verbo referente al intercambio, y estructuras gramaticales que expresan la equivalencia que debería existir, y que no existe, entre el esfuerzo del traductor y su resultado.

El punto de vista es doble: moral y económico. Por un lado, está determinado por la ideología cristiana (cada buena acción merece su recompensa). Por otro lado, responde al advenimiento de la economía moderna (cada trabajo merece su salario; a cada inversión le debe corresponder un rendimiento), en una etapa de la historia europea que los historiadores identifican como la del primer capitalismo. Podemos a veces observar la expresión de una percepción económica de lo que se llama generalmente "gloria" u "honor": el provecho (*profit*):

En translatant
Y a grand peine, et de l'honneur pas tant.
Le traducteur met son honneur en gage
Et à grand peine emporte un peu d'estime...



Jean-Claude Arnould entrega el certificado de su taller a Edgardo Malaver

*Car du profit, je suis, sans en mentir,
Jusques ici encore à m'en sentir.*

(Jacques Pelletier du Mans, traductor de Petrarca, 1547)

*En la traducción
Hay mucho trabajo, y honor mucho menos.
El traductor empeña su honor
Y con mucho esfuerzo se lleva un poco de estima...
Ya que las ganancias, sin mentiras,
Todavía las estoy añorando.*

Un aspecto fundamental de este primer capitalismo es precisamente el desarrollo de la imprenta y del negocio de los libros: cambian profundamente las condiciones de acceso a los textos, ampliando la posibilidad de satisfacer las nuevas necesidades creadas por el crecimiento de las universidades, de la medicina, de las cortes de justicia, de la administración civil, lo que genera a su vez nuevos gustos, nuevos apetitos y, por consiguiente, nuevas necesidades de traducción de textos que satisfagan las necesidades del poder (ciencia política y moral, derecho, arquitectura y otras técnicas), las de los intelectuales (poesía, filosofía moral, ciencias) y las expectativas de la aristocracia y de la nueva clase rica (novelas, relatos de viaje a América y Asia). Y el sentido general de esta crítica de la traducción es precisamente la ruptura del equilibrio entre bien y recompensa, inversión y ganancia.

El mismo Jacques Peletier du Mans expresa claramente este desequilibrio y el dilema en el cual se encuentran los traductores, actores esenciales de la vida cultural, que se hallan sin embargo en una posición muy difícil:

Traduire est une besogne de plus grand travail que de louange. Car si vous rendez bien et fidèlement, si n'êtes-vous estimé, sinon d'avoir retracé le premier portrait, et le plus de l'honneur en demeure à l'original. Si vous exprimez mal, le blâme en choit tout sur vous. Que si votre patron avait mal dit, encore êtes-vous réputé homme de mauvais jugement, pour n'avoir pas choisi bon exemple. Somme, un traducteur n'a jamais le nom d'auteur.

(Jacques Pelletier du Mans, *Art poétique*, 1555)

Traducir es una tarea que trae más trabajo que elogios. Porque si traduces bien y fielmente, sin embargo solo te estiman por haber dibujado de nuevo el retrato original, y el mayor honor queda al original. Si te expresas mal, te echan toda la culpa. Si el autor original se expresó mal, te critican por falta de inteligencia porque no elegiste un buen modelo. En el fondo, un traductor nunca merece el título de autor.

Todas estas quejas expresan una conciencia de la dificultad que tienen los traductores para ubicarse frente a los autores, reconocidos como tales. El traductor es solo un actor secundario del texto, un autor de segunda clase, un escritor que “nunca merece el título de autor”.

Servidumbre

Otro aspecto importante de esta crítica es el concepto de servidumbre. Está sobreentendido en el tema del trabajo: en esta sociedad aristocrática, el trabajo caracteriza la clase plebeya, mientras la clase noble tiene teóricamente el monopolio de los cargos políticos y militares.

Este tema de la servidumbre lo reconocemos también en el texto de Denis Sauvage, a través de la metáfora “seguir las huellas de otros”, que vamos a encontrar de nuevo. El traductor no hace parte de la gente que actúa por su propia voluntad, sino que debe someterse a la voluntad de otro, el autor original. Les propongo aquí dos ejemplos que formulan claramente esta idea:

Il est plus difficile et fâcheux de suivre autrui par chemin inconnu et étroit, arrêtant ses pieds sur ses traces, que par libre et franche marche s'en aller ébattant à son plaisir par plain et large chemin découvert.

(Barthélemy Aneau, traductor de proverbios antiguos, 1552)

Es más difícil y desagradable seguir a otro por un camino desconocido y estrecho, poniendo los pies en sus huellas, que, caminando libremente y voluntariamente, darse el placer de andar según su gusto por un camino abierto y ancho, sin obstáculos.





Jean-Claude Arnould invitado a la X Semana del Traductor y del Intérprete proveniente de la Universidad de Ruan, Francia

La traduction est un labeur minable, ingrat et esclave.

(Étienne Pasquier, no traductor, 1590)

La traducción es una labor miserable, sin gracia y servil.

Y aquí tenemos un texto más tardío que explica en detalles el carácter servil del trabajo de traducción:

La version déplaît à qui peut inventer ;
Je suis plus amoureux d'un vers que je compose
Que des livres entiers que j'ai traduits en prose.
Suivre comme un esclave un auteur pas à pas,
Chercher de la raison où l'on n'en trouve pas,
Distiller son esprit sur chaque période,
Faire d'un vieux latin du français à la mode,
Eplucher chaque mot comme un grammairien,
Voir ce qui le rend mal, ou ce qui le rend bien,
Faire d'un sens confus une raison subtile,
Joindre au discours qui sert un langage inutile,
Parler assurément de ce qu'on sait le moins,
Rendre de ses erreurs tous les doctes témoins,
Et vouloir bien souvent par un caprice extrême
Entendre qui jamais ne s'entendit soi-même ;
Certes, c'est un travail dont je suis si lassé
Que j'en ai le corps faible et l'esprit émoussé.

(Guillaume Colletet, 1568-1659, *Contre la traduction*, 1637)

*La traducción no le agrada a quien puede inventar;
amo más un verso que he concebido
que libros enteros que he traducido en prosa.
Seguir como un esclavo un autor paso a paso,*

*buscar la razón donde uno no la encuentra,
alambicar su mente en cada período,
transmutar un viejo latín en francés de moda,
espulgar cada palabra como un gramático,
examinar cual otra palabra la traduce mal o bien,
transformar un sentido confuso en una razón sutil,
agregar palabras inútiles a las que sirven;
hablar con certeza de lo que uno ignora más,
hacer todos los doctos testigos de sus propios errores,
y querer a menudo por un capricho extremo
entender a uno que nunca se entendió a sí mismo;
por cierto es un trabajo que me disgusta tanto ahora
que me debilita el cuerpo y me desafila la mente.*

Al traductor le hacen falta las características que definen a un autor: la libertad, la invención, el placer. Es un concepto técnico: el traductor sigue un texto preexistente; realidad que se expresa a través de la metáfora de la esclavitud —porque es una metáfora, que expone en términos concretos el problema que todavía no se puede formular en términos teóricos: ¿hasta qué punto el traductor debe seguir la letra del texto original?

Pero esta metáfora subraya evidentemente la dimensión política y social de la problemática, aludiendo a la condición del traductor, que generalmente cumple los deseos de un patrón: un noble de alto rango o el rey mismo que pide que se realice una traducción (en otros casos el traductor propone espontáneamente su traducción, pero siempre con la intención de que su trabajo sea reconocido y recompensado por el noble), mientras los autores, aun si están bajo la protección de un hombre de alto rango, escriben por su propia iniciativa.

Estas quejas corresponden, pues, a un sentimiento de malestar de los traductores (¿cuál es mi posición frente a los autores?) y el conflicto que los opone a los autores es también un conflicto de autoridad. Está relacionado con un fenómeno cultural muy importante: el nacimiento del autor moderno.

Los escritores del final del Medioevo no eran autónomos, eran empleados de un príncipe, de una corte a cuyo servicio escribían sus obras, como escribanos, escritores profesionales, mercenarios. A mitad del siglo XVI se impone la figura del “autor”, es decir, un escritor que



Miguél Ángel Nieves, Belkis Alvarado y Edgardo Malaver, de der. a izq., escuchan con atención la conferencia de Jean-Claude Arnould La “indignidad” de la traducción en el Renacimiento

realiza su obra por su propia voluntad, y en este tiempo aparecen en francés palabras tan básicas como autor, poeta, poesía, buenas letras (es decir, literatura), que no se usaban antes. Este cambio, que es quizá la mutación cultural más importante del Renacimiento, pone en crisis el estatuto de traductor, que a pesar de ser un letrado, no puede aspirar a la dignidad de autor y sigue siendo un mercenario, un escritor dependiente de la voluntad de otro. Y en este tiempo también se conciben las primeras teorías modernas de la traducción.

Motivo teórico

Recordemos que, según Thomas Sebillet, “...hoy la versión o traducción es la forma poética más frecuente y más aceptada por los poetas valiosos y los lectores doctos, porque cada uno de ellos juzga como una gran obra y de mayor precio expresar la pura y argéntea invención de los poetas, dorada y enriquecida por nuestro idioma”. Y hemos visto por otro lado que generalmente se oponen el trabajo del traductor y la invención del autor.

El nacimiento del “autor”, y especialmente del “poeta” en los primeros decenios del siglo XVI va a llevar a una justificación teórica, esta vez, de la crítica de la traducción. No se trata propiamente de indignidad, sino más bien de ineficiencia.

Se encarga de esto uno de los líderes del movimiento poético moderno, Joachim du Bellay, en un tratado, indudablemente el más importante del siglo XVI y de la literatura francesa, titulado Defensa e ilustración de la lengua francesa.

Du Bellay hace la demostración siguiente: todas las lenguas tienen igual dignidad porque todas tienen un origen natural. Pero en la realidad uno puede observar que no son iguales en su desarrollo: algunas son muy perfectas y a las otras les falta mucho para expresar las ideas abstractas y precisas, para volverse lenguas de alta cultura. Por estas razones, la lengua francesa no es tan rica como la griega y la latina (y la italiana, más precisamente el toscano), ni tampoco tan pobre como muchos la estiman y esta lengua, como las otras, es capaz de desarrollarse para volverse una lengua culta. La cuestión es encontrar el método adecuado para enriquecerla (“ilustrarla”). Y Du Bellay plantea que la única opción es hacer lo que hicieron los romanos con la lengua griega, y posteriormente los italianos con la lengua latina: imitar una lengua culta. Por consiguiente, propone una doble imitación: imitación de las lenguas cultas (griego, latín e italiano), e imitación de la práctica de los que forjaron su propia lengua a través de la imitación de una lengua culta preexistente.

Pero en primer lugar examina una primera solución, que es la traducción. Y su aporte a la crítica de la traducción es afirmar que las traducciones no permiten perfeccionar la lengua francesa.

...ce tant louable labeur de traduire ne me semble moyen unique et suffisant pour élever notre vulgaire à l'égal et parangon des autres plus fameuses langues.

(Joachim du Bellay, Defensa e ilustración de la lengua francesa, 1549)

...esta tan laudable labor de traducir no me parece medio único ni suficiente para elevar nuestra lengua vulgar al igual y parangón de las otras lenguas más famosas.

La traducción es capaz de transmitir contenidos, saberes, ciencias. Pero no puede transmitir la excelencia del idioma, del estilo, no sirve para expresar en otro idioma lo que Sebillet llamaba “la pura y argéntea invención de los poetas”:

...je ne croirais jamais qu'on puisse bien apprendre tout cela des traducteurs, pour ce qu'il est impossible de le rendre avec la même grâce dont l'auteur en a usé, d'autant que chacune langue a je ne sais quoi propre seulement à elle, dont si vous efforcez exprimer le naïf en une autre langue, observant la loi de traduire, qui est n'espacier point hors des limites de l'auteur, votre diction sera contrainte, froide et de mauvaise grâce.

...nunca creeré que todo esto pueda aprenderse de los traductores, porque es imposible representarlo con la misma gracia de que el autor se ha servido: porque cada lengua tiene algo, no sé qué de propio y únicamente suyo, cuyo carácter natural, si te esfuerzas expresarlo en otro idioma, observando la ley de la traducción, que es no alejarse de los límites que puso el autor, hará tu dicción forzada, fría y sin gracia.

Hay que desconfiar especialmente de los malos traductores, que son más bien traidores (según el proverbio italiano “traduttore traditore”) y de los que intentan traducir la forma más perfeccionada de expresión, que es la poesía. Pero de todas formas la traducción no tiene la facultad de expresar la identidad esencial de un autor, de un texto, que Du Bellay llama un



*Invitados nacionales e internacionales espectadores en el evento:
de izq. a der., Melva Márquez, Mariángeles Páyer, John Jairo Giraldo,
Jean-Claude Arnould y Amparo Hurtado Albir*

“no sé qué”, o un “genius”. La “ley” de la traducción impone “no alejarse” del texto original, y, por consiguiente, no permite tener sino una expresión “forzada, fría y desgraciada”. En consecuencia, el hombre que desea realizar una obra digna de gloria tiene que dejar de lado esta actividad:

Celui donc qui voudra faire œuvre digne de prix en son vulgaire, laisse ce labeur de traduire, principalement les poètes, à ceux qui de chose laborieuse et peu profitable, j’ose dire encore inutile, voire pernicieuse à l’accroissement de leur langue, emportent à bon droit plus de molestie que de gloire.

Por consiguiente, el que quiera hacer una obra valiosa en su lengua vulgar, que abandone este trabajo de traducción, particularmente de los poetas, a los que, haciendo esta tarea penosa y poco provechosa, y diría inútil, y hasta nociva para el crecimiento de su lengua, se llevan justamente más desagrado que gloria.

Esta condena de la traducción será casi definitiva y la dejará en un segundo plano de la actividad literaria, como lo podemos ver en esta reflexión de Montaigne en 1580:

Il fait bon traduire les auteurs, comme celui-là, où il n’y a guère que la matière à représenter ; mais ceux qui ont donné beaucoup à la grâce, et à l’élégance du langage, ils sont dangereux à entreprendre, nommément pour les rapporter à un idiome plus faible.

(Essais, II, 12, «Apologie de Raimond Sebond»)

Es una buena cosa traducir a los autores como aquél, del cual solo hay que representar el contenido; pero con los que demostraron mucha gracia y elegancia en el lenguaje, es muy peligroso emprenderlo, sobre todo para traducirlos en una lengua más débil.

Reduce la crítica de la traducción a un rango secundario, una actividad sin gloria ni provecho para el que la emprende, exactamente al contrario de lo que decía Thomas Sébillet cuando la celebraba como la “forma poética más frecuente y más aceptada por los poetas valiosos y los lectores doctos”.

Este discurso de quejas y de críticas que sostiene la indignidad de la traducción es doblemente contradictorio:

- la tesis de la indignidad de la traducción contradice evidentemente su importancia real en este tiempo;
- esta tesis expresa la tensión interna que viven los letrados, que en su mayoría son traductores y autores.

Esta doble contradicción traduce el conflicto tanto social como intelectual producido por el nacimiento del autor moderno: en una concepción moderna de la literatura dominada por las nociones de libertad, de creatividad, de autonomía y de inspiración, los traductores se deben enfrentar, por un lado, con el dominio político de la aristocracia y, por el otro, con el nuevo poder económico de los empresarios, especialmente en el área de la imprenta.

La expresión paradójica de la “indignidad” de la traducción puede constituir un aporte interesante a nuestra reflexión sobre el estatuto de los traductores: las condiciones sociales, políticas, económicas, técnicas evolucionaron mucho, y no estamos viviendo en el mismo mundo; pero ¿quién puede decir que los problemas que plantea este tema no tienen actualidad en los tiempos modernos? Especialmente en el nuestro, caracterizado por la emergencia de la nueva cultura que impone la “revolución” digital.